

## ISABEL AGÜERA Y SU CURSO DE CREATIVIDAD Y LENGUAJE

---

JOAQUIN CRIADO COSTA  
ACADEMICO NUMERARIO

---

De la romana y vieja Ripa; de la medieval Aldea del Río; de la oriverde Villa del Río dorada de sol y mieses, verdeada de olivares; de la Córdoba jaenera del Oriente con reflejos de plata del Guadalquivir, nos llegó un día Isabel Agüera, autora de un *Curso de creatividad y lenguaje*.

Antes de ella, dos nombres habían pregonado el de su pueblo a los cuatro vientos: el de Pedro Bueno, envuelto en colores de cristal de agua, y el de Matías Prats, aureolado de belleza hecha palabras.

Allí había nacido y allí entonó cánticos a la Virgen de la Estrella; allí leyó cuentos y allí, de niña, entre sus compañeras de colegio, destacó por sus redacciones y por sus poemillas, que le valieron algún que otro premio provincial.

Llegados los diez años, ingresa en el internado de las Teresianas, en esta ciudad que nos acoge, donde cursa el bachillerato.

Aquí mismo, en el viejo caserón de la calle San Felipe, con su patio moruno empedrado de chinos, estudia la carrera de Magisterio y con ella a cuestas recorre varios pueblos andaluces, dejando en todos, a raudales, su humanidad y su ciencia, su ternura con los niños y su amor a la escuela.

Antes había sido "teresianilla", por emplear un término de la época, pero dicho sea sin connotación peyorativa alguna. Sin embargo, su destino era el de esposa y madre. Encontró marido en tierras del Santo Reino y ella fructificó en tres hijos: Isabel María, Ramón y Belén. No hace mucho que su compañero de vida emprendió un alto vuelo y desde entonces dicen que vaga por las cimas de Sierra Mágina y por los floridos campos versallescos de Jabalcuz. Isabel quedó a solas con sus hijos y con sus libros; quedó a solas con la ausencia, uno de cuyos primeros eslabones solitarios es el acto al que asistimos esta noche.

Un día, la villarrense cambió la escuela rural por la urbana. Un "Boletín Oficial" dijo que era maestra de Córdoba. Y aquí la tenemos desde entonces, ojalá que por muchos años.

Leyendo las solapas de sus libros, sabemos que la obra *El loquillo* ganó el primer premio de narrativa corta en el Ayuntamiento de su pueblo natal; que posteriormente, ampliada la obra, se publicó en 1983 con el título *Tengo derecho a vivir*, gracias a la encomiable labor de Cayetano Peláez del Rosal en la Editorial El Almendro; que más tarde, con la obra *Almas en blanco*, obtuvo el tercer premio en la misma especialidad; que su primera novela, *Buscando en la vida*, quedó finalista en el concurso "Blasco Ibáñez", de Valencia, siendo publicada en 1982 por la Diputación Provincial

cordobesa en su colección Libros de Bolsillo, llevándose a cabo la segunda edición dos años después; que en 1985 la Editorial Camino le publica la obra narrativa *Sol de otoño*; que en el campo siempre difícil de la literatura infantil ha dado a luz *Jugar y crear*, igualmente publicado por la Editorial Camino, ésta en 1984; y que Edelvives sacó en 1988 *Quisco, mi amigo*, que no es sino una adaptación de *Tengo derecho a vivir*.

Pero no se crea que acaba ahí la obra de Isabel Agüera. Algún día serán publicadas la novela para jóvenes "Carlanca virutas"; la de amores homosexuales "Dos mujeres"; la de tema racista "De carne y hueso", con escenario en la sierra próxima a Córdoba, que narra las relaciones entre payos y gitanos; el cuento largo "Quiconete"; el libro para niños "Aventuras de Nube Blanca"; las colecciones de relatos para mayores "Almas blancas" y "Parábolas"; la novela de tema gitano que lleva el original título de "Muéreme ya"; y la colección de colaboraciones periodísticas "Cartas a Lucrecia", actualmente en imprenta.

Edelvives pondrá al alcance de los lectores la obra "Creatividad y plástica"; y Narcea, el libro "Estrategias para una educación no sexista" y posiblemente "Mundo mágico".

Si ustedes quieren añadir algo más a esa larga lista, sepan que también tiene escritos los libros "Sol de humo", "Aquel verano" y "Como un tupido rastro".

Pero lo que hoy nos congrega aquí es el constatar la puesta de largo del *Curso de creatividad y lenguaje*, recientemente presentado en sociedad, como en los viejos y aristocráticos ritos, de la mano de Editorial Narcea.

La obra, más que una didáctica del lenguaje, es una guía práctica para enseñar nuestra lengua en un ambiente de creatividad.

De todas las disciplinas o materias que configuran la Educación Básica y el Bachillerato, quizá la más difícil, por su enorme complejidad y su aparente facilidad, sea el Lenguaje, la Lengua Española. Justamente aquella que más nos identifica como personas y que más nos caracteriza como hablantes y como ciudadanos libres.

Si la cara es el espejo del alma, nuestro propio hablar es el reflejo de nosotros mismos, pues *somos* como *hablamos*, o mejor aún, *somos lo que hablamos*. Con nuestra expresión lingüística estamos pregonando nuestra actitud moral, nuestro estado anímico, nuestro nivel cultural, nuestra madurez intelectual y hasta el grado de educación social alcanzado.

Todo ello nos da idea de la enorme responsabilidad del profesor de Lengua Española, de la profunda y exquisita preparación que requiere, que no se improvisa, que no se adquiere en dos días ni en cuatro, ni en un cursillo de varias horas, como parece creer las altas instancias educativas, más proclives siempre a las falsas apariencias que a la auténtica realidad. Y no olvidemos que profesores de Lengua Española debemos ser todos los profesores, hasta los de Matemáticas e incluso los de Física Nuclear. Como disciplina instrumental, la Lengua es el cimiento y la corona de todos los demás saberes. Le ocurre algo parecido, salvando las diferencias, a lo que sucede con la Filosofía.

¿Es consciente el maestro de básica, el profesor de media, de tal importancia y responsabilidad? Habrá de todo como en botica, supongo yo, pero sí es cierto que en su tarea no tiene *ni puede tener* más control que el de su propia conciencia, ni más vituperio que el de sí mismo, ni más estímulos gratificantes que la transformación producida en sus alumnos y que sólo él, en su contacto diario con ellos, puede apreciar con justeza. Lo demás, todo lo demás, por muy innovador y fosforescente que sea el ropaje con que se vista, no pasa de ser sucedáneos o "vacuidades". Y de eso, en nuestros días, sabemos mucho todos los profesores de cualquier nivel educativo.

Nos olvidamos con frecuencia de algo que, de manera un tanto grotesca, repetía un filósofo que vivió un tiempo en esta ciudad: "Hasta para saber hacer la *o* con un

canuto, hay que saber antes lo que es la *o* y lo que es un canuto''. Y la verdad es que pasamos muchas horas, hoy día, discutiendo sobre la *o* y sobre el canuto, pero sin estudiar a fondo ni lo uno ni lo otro.

En nuestros días no es suficiente, como pretendían nuestros abuelos, enseñar a los *ciudadanitos* a leer, a escribir y las cuatro reglas, si bien esto solo, sin más aspiraciones, ya es de por sí difícil y hasta un arte, a poco que me apuren. Por lo que a mí respecta, nunca se me ha ocurrido ni siquiera intentarlo. Jamás me he puesto ni me he visto en tan difícil situación.

El profesional que cifraba en eso su tarea, hace cuatro o cinco décadas, tenía reputación de buen profesional. Pertenecía a esa clase de héroes que por cuatro perras gordas -necesarias, sin duda- era maestro, sacristán, escribano de parte, secretario de cooperativas y de otras instituciones agrarias y profesor de alumnos libres de bachillerato, estudios que en muchas ocasiones no había cursado él mismo y cuyos discípulos -en el más amplio y auténtico sentido de la palabra- desfilaban al final de cada curso ante el examinador de turno ofreciéndole el cesto de huevos escogidos, el pavo mejor cebado u otros productos traídos del pueblo, escasos y caros, casi inaccesibles en la capital.

Fueron aquellos tiempos heroicos de la profesión docente, sin necesidad de absurdos espoleos de las A.P.A.s o cosa parecida.

Oí decir por entonces a una profesora de Pedagogía, amiga de mi familia y que fue largo tiempo directora de nuestra Escuela Normal, que Dios castiga a los pueblos mandándoles malos maestros.

Si esto fuera así, habría que volver la oración por pasiva -ya veis, amigos, la omnipresencia de las cuestiones gramático-lingüísticas- y afirmar que Isabel Agüera, la autora del *Curso de creatividad y lenguaje*, es un regalo, un premio de Dios o del destino a los pueblos en que ha ejercido su magisterio.

Porque hoy, el buen profesional de la enseñanza debe reunir inexcusablemente dos circunstancias, cada una de las cuales es una "conditio sine qua non" para serlo: una clara y decidida vocación y una profunda preparación específica.

Y esas dos notas de calidad, difícilmente hermanadas, se dan abrumadoramente en Isabel Agüera. La primera, porque es innata en ella, porque le es consustancial y por eso disfruta de dos raros privilegios en nuestros días: el uno, tener trabajo; y el otro, que le resulte divertida y gratificante su labor. La segunda, porque a esa vocación de maestra une indisolublemente la vocación y la práctica permanente de escritora.

El conocido refrán "cada maestrillo tiene su librillo", dicho sea en tono afectivo y no peyorativamente, que ella transforma en "cada maestrizo tiene su librazo", se da cumplidamente en Isabel. Su *librillo* o su *librazo*, qué más da, es la creación literaria en el más clásico de sus peldaños. Porque alguien dijo que la función de la literatura es convertir los sucesos en ideas. Y así, ella enseña a sus alumnos a pensar, a hablar, a leer y escribir creativamente, *pues no debiera haber otra forma de escribir*, y así se cierra el ciclo didáctico.

Ese es, en esencia, el contenido de su *Curso de creatividad y lenguaje*, que nos llega a los profesionales de la enseñanza y a los amantes del Lenguaje como un premio, como un regalo, a través de Narcea, S.A. de Ediciones.

No es el libro, ni tendría por qué serlo, una Didáctica del Lenguaje, en su fría y marmórea concepción científica, sino más bien una guía práctica para enseñar la materia, ardiente como el pan de la mañana y tierna como el alma de los niños y de los jóvenes.

Dos notas, en caso de que no sean una misma, sobresalen desde las primeras páginas, si bien el título ya lo anuncia: creatividad y originalidad, que en ningún caso son sinónimos de anarquía, y mucho menos de anarquía en el aula.

En dos grandes apartados divide la autora el libro: al primero lo titula "Activida-

des, juegos”, y al segundo, “Experiencias”. La simple enumeración de sus capítulos da perfecta idea de su contenido.

El primer apartado abarca “Cómo enseñar poesía”, “Actividades y juegos”, “A la redacción por el cuento”, “Breve antología”, “Juegos y lenguaje”, “Animación a la lectura” y “Escribiendo teatrillos”.

El segundo contiene cuatro capítulos, que son “Prensa-Escuela”, “Mi personaje mágico. Experiencia sobre expresión escrita”, “Creación literaria” y “Cómo corregir defectos de pronunciación”.

A lo largo de las 255 páginas están vivas y juguetonas las almas de Isabel y de sus niños. Niños y niñas sin edad, niños y niñas sin sexo, niños y niñas sin pueblo... porque son todos los niños y todas las niñas que a lo largo de muchos años, pero no tantos, porque la autora es joven, han tenido el privilegio y la dicha de ser los niños y las niñas de Isabel Agüera.

En el libro, en su escuela, en su aula, porque el libro es aula por encima de todo, Isabel y sus niños/as juegan a *escribir versos*; a *componer marchas*, himnos, nanas; a *ensartar poemas-disparate*, palabras mágicas, pregones, conjuros, poemas volantes, aforismos; a *redactar cuentos*: cuentos invisibles, cuentos-pego, cuentos-sobre, cuentos colorines, minicuentos, cuentos disco, cuentos acordeón, cuentos en blanco, cuentos-rompecabezas, cuentos-tele o cuentos-cine, cuentos-recortables, cuentos-problema, cuentos foto-novela, cuentos-album; a *aprender palabras* mediante bingos, palabras largas, buenaventuras, imitaciones de loros, resoluciones de enigmas, juegos de quita y pon, noticias invisibles, tableros de signos, refraneros locos, formación de siglas, escribir pensamientos, palabras clave, bailes de letras, almanques, escudos, cuadernos volantes, invención de dichos, charlatanerías, escribir con el dedo, escaleras de palabras, horóscopos, invención de mentiras o tómbolas de palabras. La simple enumeración, una vez más, da idea de la riqueza de actividades.

Capítulo muy interesante es el de “Animación a la lectura”, que Isabel consigue con grabaciones y con juegos como los sobres-sorpresa, el rincón de la lectura, el párrafo perdido, los ficheros, coros, rompecabezas, hablar leyendo, cuestionarios, lecturas de enciclopedias, composición de libros, la llegada del cartero, lectura del periódico y leyendo y escribiendo teatrillos... entre otras muchas más variedades de ejercicios y juegos.

Mención especial merecen las actividades de prensa escuela, con periódicos y revistas, pues no hay que olvidar que Isabel es una consumada y habitual colaboradora de prensa.

De ahí pasa la maestra-escritora a las actividades de expresión escrita, nada difíciles para sus alumnos cuando se hace realidad la afirmación de Oscar Wilde: “No existen más que dos reglas para escribir: Tener algo que decir, y decirlo”, o la definición de Gómez de la Serna: “Escritor es el que descubre que las palabras salen de la mano”.

Y de las manos de los niños salen descripciones, narraciones, telegramas, entrevistas, diarios personales, sugerencias y tantos otros modos de expresión. Incluso piezas de valor literario, en las que la creatividad y el lenguaje alcanzan su más alto grado.

A modo de apéndice, el libro incluye, como capítulo 11, unos consejos prácticos para corregir defectos de pronunciación, tarea difícil con la que el profesorado de todos los niveles se enfrenta cada día.

Precede al cuerpo del libro una introducción-epístola a su hija Isabel María, profesora de inglés para niños que comienzan a aprenderlo, que es una verdadera lauda de la tarea docente.

En la obra que comentamos, Isabel Agüera utiliza un lenguaje “corriente y moliente”, familiar, aunque artificioso a veces, que resulta en general demasiado dulzón. Da de lado, conscientemente, a los tecnicismos lingüísticos para hacer el libro más asequible al lector, tanto si es profesor como padre de alumno.

Quizá el indudable éxito de la labor escolar de la profesora Agüera Espejo-Saavedra radique en gran parte en estas palabras suyas: “Los niños son videntes del aura que proyectamos los humanos. Por mucho que nos esforcemos, nada lograremos darles si no cultivamos la luz, el amor que nace en los silencios del alma y se hace vida en cada gesto, en cada palabra, en cada sonrisa... en cada lágrima”.

Los niños se hacen vida en sus palabras, en su expresión oral y en su expresión escrita. Por eso decía el italiano Giovanni Papini que “si un hombre cualquiera, incluso vulgar, supiese narrar su propia vida, escribiría una de las más grandes novelas que hayan escrito jamás”.

Y a través de lo que escriben los niños y los jóvenes podemos conocerlos mejor, como conocemos mejor la sociedad por medio de las obras literarias que de los escritos de los historiadores de turno, por razones obvias. Tal cosa nos ocurre a quienes con cierta frecuencia formamos parte de jurados de certámenes y concursos literarios y hemos de leer muchas obras en poco tiempo. El escritor deja clara constancia de sus problemas, que, al fin y al cabo, son los de su época. No es de extrañar, por tanto, que en una de las últimas convocatorias del prestigioso premio de cuentos “Puente Zuazo” los temas de la soledad del individuo y del desencanto político cobraran un alto índice de frecuencias.

Tiene así Isabel un medio inapreciable para conocer a sus alumnos particularmente y al público en general, al que se dirige frecuentemente en sus colaboraciones fijas o eventuales en periódicos y revistas.

Sus libros y su actividad periodística le han valido su inclusión en el *Catálogo de los cien mejores autores de libros infantiles y juveniles*, editado por el Ministerio de Cultura a través de la O.E.P.L.I.J. (Organización Española de Publicaciones y Libros Infantiles y Juveniles). Un galardón más para esta mujer, maestra y escritora, que ha publicado un *Curso de creatividad y lenguaje* en el que plasma su actividad científica, como trasunto fiel de la autora; el lector nunca sabrá con certeza si es un libro que ha escrito Isabel Agüera o un libro que ha hecho a Isabel Agüera.

Por eso Isabel y su libro nos recuerdan tanto los versos del poeta del exilio Blas de Otero;

Mademoiselle Isabel, rubia y francesa,  
con un mirlo debajo de la piel,  
no sé si aquél o ésa, oh mademoiselle  
Isabel, canta en él o si él en ésa.